

—¡Cordelia!—repetí.

Ante el silencio nó vacilé ya más, abrí las maderas de la puerta que daba al patio y penetró por la vidriera la luz del día, á la que pude ver á mi amada, á la dulce Cordelia, yaciendo en su lecho en cuyas tablas estaba clavada su cabeza por un enorme clavo que atravesaba el cráneo por las sienes, en tanto que el loco, sucio, con los cabellos en desorden, en mangas de camisa, con expresión de estúpida alegría, salpicado de sangre y sentado en el suelo con las piernas abiertas, acompañaba su infernal canción golpeando rudamente con el martillo sobre el entarimado:

“Un ataúd haz por favor

“Para que en él guarde mi amor!”



EL APARATO DEL DOCTOR TOLIMAN.

—“Muchísimo mayor que la sorpresa, es el placer que me has proporcionado con tu visita, y adviérte que tal sorpresa no es *moco de pavo*, porque lo que menos podía yo figurarme es que mi señor primo, el viejo y laborioso agricultor tan apegado á sus labores y sembradíos, formáse y llevara á cabo la heroica resolución de abandonar, siquiera por breve tiempo, sus haciendas, sus trojes, sus ganados, sus plantíos, sus aperos de labranza y sus verdes y montañosos paisajes resplandecientes bajo la luz del sol tropical, y se decidiese por fin y á fuerza de mis ruegos é instancias, á prescindir de sus costumbres metódicas para lanzarse á la turbulencia y estrépito de esta Capital tan llena de tráfico y de polvo. Una muy grande alegría, te lo digo por centésima vez, una verdadera satisfacción es verte á nuestro lado y á nuestra mesa, por más que me exaspera ese tu condenado y terco capricho de volverte pronto á tus rústicos lares, avaro y parco del contento que me das con tu presencia.”

En estos términos se expresaba mi buen pariente, el Doctor Luciano Bernaldez, famoso alienista bajo cuya dirección se hallaba entonces el “Hospital para hombres dementes” de la Ciudad de

México. Para contentarle me hubiera sido menester prescindir de mis gustos, é inclinaciones y cambiar radicalmente mis costumbres sencillas y cuasi patriarcales, abandonando para siempre mi amado terruño, radicándome en la Capital y convirtiendo así al desmañado y sencillo habitante de los campos en *burgués* atildado y elegante: ¡Imposible! No en balde se pasan cincuenta años respirando el aire puro de la montaña donde los pulmones se dilatan ámpliamente, recibiendo el caldeante beso del sol que, tostado la piel, enardece la sangre y la renueva, recorriendo á caballo las llanuras por entre los rubios triguales, cruzando los bosques de árboles seculares con la escopeta al hombro y el morral á la espalda ¡Imposible! Faltaría aire á mis pulmones y horizonte á mis miradas; me siento preso, me sofoco en estas hermosas, pero estrechas calles, cuyos elevados edificios parecen pesar sobre mí!

—Me ha encantado verdaderamente la solicitud y el cariño que con tu benévola acogida me has demostrado, dije á mi primo; gracias á tí, á tu condescendencia, he podido apreciar y gozar de todos los atractivos de la Capital que me has dado á conocer, convirtiéndote en *Cicerone* y abandonando por mí gran parte de tus quehaceres. Llevaré este grato recuerdo á mis heredades y, si alguna vez te decides á visitarlas, yo procuraré hacerte tan agradable tu estancia en ellas, que no echés de menos este encanto que te liga y retiene á la Ciudad de los palacios.

—Sí que iré, repuso mi buen primo; iré en busca de tu afecto y de ese ambiente puro y rejuvenecedor que tanto ponderas, buscando también un poco de descanso á mis fatigantes labores; pero para poder pagarte la visita, es menester que ésta que tú has venido á hacerme sea completa: aún te falta ir á verme al asilo de enagenados que tengo á mi cargo, para que en él te haga yo los honores. Espe-

raba que me manifestaras tú mismo el deseo de conocerlo: ¿no despierta tu curiosidad?

—Indudablemente, le contesté; pero no me atrevía á indicártelo, por temor de parecerme inoportuno. Profunda lástima me causan esos infelices privados de la razón y, á ese sentimiento, se liga innegablemente una curiosidad particular. Sabes que soy muy afecto á la lectura, que tengo en mi hacienda una regular biblioteca que poco á poco va aumentando con los libros que de esta plaza me remiten tú y otras personas: entre esos libros tengo uno, una revista literaria que, á más de otras cosas, trae un capítulo ó sección en que reproduce artículos, poesías y dibujos, producciones delirantes de enagenados. Iré á visitarte á tu establecimiento, sí, y tú me enseñarás cuanto de curioso é interesante haya en él. Señala el día más oportuno; sólo te suplico que no lo retardes tratando de retenerme con este pretexto, porque ya empiezo á hacer la maleta y, en cuanto la termine, he de abandonarte por más que sacudas la cabeza y te rasques tras de la oreja demostrando tu contrariedad.

—¿Te parece que sea mañana?

—Sea mañana. Tuyo seré en cuanto haya dado el último sorbo al desayuno.



Palpitó mi corazón por emoción extraña ante el sombrío aspecto de la antigua fachada de severo estilo colonial construída con rojo tezontle y cantera gris en la amplia calle de San Hipólito. En unión de mi primo franqueé sus umbrales y pasé por la fuerte puerta del macizo cancel que tras de nosotros volvió á cerrarse. Empujando á los empleados, salió á nuestro encuentro un caballero que llenó á mi primo de cortesías y agasajos, su-

poniendo yo, al oírlos darse el título de “compañero”, que sería alguno de los médicos del hospital. De él recibí las más calurosas muestras de atención y benevolencia desde el momento en que supo mi parentesco con el Director y el objeto de mi visita.

Era la persona á quien me refiero, un hombre de cerca de treinta y cinco años, estatura mediana y complexión un tanto raquítica; angosto de espalda y un tanto caído de hombros, de rostro largo, pálido y demacrado como el de un hombre á quien el insomnio ó largas veladas han consumido, brillando en medio de las oscuras y profundas ojeras sus inquietas pupilas en las que había una vaga expresión de desconfianza; sus ademanes eran un tanto rápidos y vivaces, volviendo á cada uno de ellos las manos á juntarse cerca del pecho, y terminando la frase que con aquellos subrayaba con una inclinación de cabeza y una vaga sonrisa habitual, á la que acompañaba el descenso de los párpados; era su andar, en fin, silencioso y menudo como si caminase de puntillas y, cada vez que nos deteníamos, él permanecía á nuestro lado en una actitud sumisa, como si aguardase nuestras órdenes.

—El Doctor Tolimán, dijo mi primo presentándomelo.

Trabó el Doctor animada conversación conmigo, por la que pude apreciar que era hombre de imaginación viva y cultivada inteligencia; aún más que mi primo, fué este caballero quien me hizo los honores del establecimiento, acompañándome del brazo por todas sus dependencias y explicándome con abundante tecnicismo y fácil palabra, *los casos* que se nos iban presentando sucesivamente en todos y cada uno de los desventurados á quienes la pérdida de la razón tenía enclaustrados en el amplio edificio, en la enrejada celda, ó sujetos por la camisa de fuerza.

Dejaba hacer mi pariente al bondadoso Galeno que extremaba su solicitud y galante oficiosidad, chocándome mucho el sorprender alguna vez en la mirada de Luciano, un no sé qué de irónico que juzgué poco caritativo para mi amable acompañante.

—Has visto ya todos los departamentos destinados á los enfermos, dijo Luciano, la visita ha terminado; á cuyas palabras apresuróse el Doctor Tolimán á despedirse efusivamente, haciéndome vivas protestas de amistad y permaneciendo en el interior del establecimiento, sin duda para cumplir sus deberes profesionales.

Condújome mi primo á su despacho en cuyo estrado tomamos cómodo asiento, entregándonos al goce de saborear unos exquisitos puros habanos que en su escritorio tenía, descansando así de la larga peregrinación por celdas, salones, jardín, pasillos y galerías.

—Y bien, díjome Luciano, espero que habrás satisfecho tu curiosidad y tu interés. Ahora, por vía de complemento, voy á mostrarte algo muy curioso que poseo: un pequeño archivo donde se guardan los documentos escritos por mis asilados; unos que consigo suelen traer al ser internados al establecimiento, y otros que escriben de vez en cuando, aquellos cuya locura plácida permite que se les pueda confiar, cediendo á sus ruegos y siempre bajo vigilancia, instrumentos tan peligrosos en manos de un loco: lápiz ó pluma. Si quieres entretenerte en hojear y revisar algunos de esos manuscritos, posible es que halles algo digno de figurar al lado de las producciones de que ayer me hablabas. Mira, añadió abriendo un estante y sacando de él un montón de papeles: “*Poemas novorarcáicas por Polidoro*”; el infeliz á quien viste sujeto por la camisa de fuerza, presa de un acceso de furor que le acomete cada vez que hay que cortarle el cabello, como hoy; “*La libertad, la*

Justicia y la igual repartición de la riqueza por J. R. S.”; aquel que te saludó reverenciosa y diplomáticamente, el de aspecto grave, filósofo y soñador que camina mirando siempre hácia arriba y tropezando siempre; este grueso volumen manuscrito que se recogió con mil trabajos y astucias, á su ingreso al Hospital, al Doctor Tolimán...

—¿Al Doctor Tolimán? —prorrumpí asombrado; pero entonces: ¿ese caballero que ha venido de mi brazo acompañándonos es un loco? ¡Vámos! Tú estás de broma y quieres ahora reírte de mí..... ¡El Doctor Tolimán! Pero si en mi vida he conversado con persona que más cuerda, juiciosa y prudente me haya parecido! Ni una extravagancia en sus modales corteses y en su palabra fácil y escogida! Ni una equivocación ó dislate en sus apreciaciones y clasificación científicas ¿Loco? ¡Imposible; quita de ahí, hombre!

Reía Luciano ante mi asombro y al escuchar mis protestas, con franca y alegre risa que aún más aumentaba mis dudas y acabando por decir:

—Pues loco y loco rematado es; loco incurable, casi siempre pacífico y con una única y bien extraña manía que solo se presenta en circunstancias especiales; no concurriendo éstas, le verás siempre tranquilo, siempre afable, lleno de buen humor y dando muestra de profunda ilustración y claro talento. ¡Pobrecillo!... Es una verdadera lástima!

—Díme, Luciano, díme qué manía es esa; todavía no puedo creerte, todavía vacilo pensando que te diviertes conmigo; todavía me parece que te estás chanceando.

—Fácil sería convencerte; aunque inhumano: si ahora mismo le hiciera venir á este despacho y le mostrase un espejo, le verías retroceder aterrizado ante su propia imagen para después lanzarse, presa del paroxismo, sobre el cristal, con la

mirada extraviada y la boca llena de espuma, para destrozarle á puñetazos hiriéndose horriblemente las manos y entrando en un período de crisis, de verdadero frenesí, casi epiléptico ¿No advertiste las cicatrices que surcan sus manos? La explicación del misterio, del motivo de esa *speculofobia* podrás hallarla tal vez en este libro, si quieres tomarte el trabajo de examinarlo; es un Diario íntimo á lo que creo: apenas comencé á hojearlo, hallando en sus primeras páginas consignadas las impresiones de la infancia de su autor. Examínalas en tanto que paso al salón de recibo donde hemos dejado á tantas personas que me están aguardando.

Salió Luciano dejando entre mis manos el grueso cuaderno que empecé á recorrer, absorbiéndome en su interesante lectura hasta el punto de olvidarme del sitio en que me hallaba y de la hora que avanzaba rápida é insensiblemente.



He querido consignar esta historia extraña, curiosa é interesante, condensar en breves páginas la narración de esta vida y del suceso extraordinario que en ella surgió. He intentado vanamente darle forma de relato unido.

He emborronado muchas cuartillas de papel y todas las he roto descontento de mi obra que parecía ser la tela de Penélope. Por esto y ante mi incapacidad, he decidido conservar la forma del Diario y su texto mismo, conformándome con extraer de él, á salto de mata, á través de épocas, años, meses y días cuyas fechas suprimo para evitar cansada monotonía, las anotaciones más importantes cuyo conjunto puede constituir el cuerpo

de esta historia. Dejo, pues, al buen criterio del lector, el trabajo de establecer la ligazón lógica de las memorias é impresiones entre sí y de llenar con su imaginación rica los huecos que creyere encontrar.

Creo imposible é indebido el hacer comentarios que quitarían al Diario su sabor y carácter peculiares: *de ese cuerpo presento el esqueleto.*



“DIARIO DEL DOCTOR TOLIMAN.”

***—*He cumplido dieciocho años... Empiezo hoy este libro que jamás conocerá nadie, impulsado por la necesidad de confiar á alguien, siquiera sea á una hoja de papel, mis tristezas y mis impresiones... alegrías no tengo ni jamás las he conocido: niño raquítico y enfermizo, he pasado mis primeros años en el lecho al cuidado, (si así puede llamarse la atención mercenaria, obligatoria y desamorada), de una antipática y horrible vieja criada que me maltrataba, ó bajo la férula de un maestro mal humorado y exigente en el colegio donde fuí recibido por gracia y donde mi aspecto delicado y enfermizo, mi carácter sombrío y mi fisonomía poco simpática, me atraían la burla, las maldades y la malevolencia de mis compañeros que abusaban de su fuerza y que por mi condición de pobreza hacían de mí, sin apoyo ni defensa, el objeto de su irrisión y el testafarro de sus faltas. ¿Cómo podrá parecer extraño que, desde tierna edad, el excepticis-*

mo y la misantropía se hayan apoderado de mi alma?



***—*Hoy me he inscrito en la Preparatoria para cursar el cuarto año..... “hijo de padres desconocidos, depende de Don Cástulo R. del Moral”..... ¡Otra vez más mis mejillas se han encendido por la vergüenza al tener que mencionar mi oscuro origen!..... Una cuna, un nombre propio, un padre cariñoso, una madre llena de amor, de ternura y de bondad..... ¡oh tesoros que jamás pude poseer!..... ¡oh vida importuna!.....*



***—*Me siento enfermo; el aire frío, cortante y cruel de esta crudísima y desapacible mañana de invierno me hace sufrir mucho..... y he de madrugar y salir temprano para acudir á clase sin abrigo!..... Él lo ordena con esa voz dura y severa..... implacable, llena de amenazas y de iracundia!*



***—*¿Por qué lo sufro?..... ¿Quién es él para tiranizarme tan despiadadamente, para golpearme así, como á un perro, como á una mula.....?*



***—Odio á Don Cástulo desde mi niñez, con odio profundo creado y exacerbado por su severidad injusta, por su carácter violento y su trato bestial. Me mira y en sus torcidos ojos leo siempre un reproche, una censura; parece que mi existencia entraña una vergüenza, un baldón, un remordimiento para este hombre cuyo misticismo contrasta con sus despiadados proceder para conmigo. Nunca me ha permitido jugar como los otros; jamás me ha dejado ser un niño! A la vez que este odio, siento un indescriptible terror ante su presencia; mi sangre se hiela solo al contemplar su rostro cetrino picado por la viruela, su larga nariz irregular, su barba rala y canosa y su cabeza calva de sucia epidermis que asoma bajo los hirsutos cabellos esparcidos; tipo de estudio apropiado para representar el Shylock de Shakespeare. Tiemblo al oír sus pisadas que se arrastran, y me repugna ver su cuerpo anguloso encerrado siempre en el verdoso y grasiento levitón de cuello de terciopelo raído; el eco de su seca tos me extremece y sigo con inquietud los movimientos de sus manos que siempre me parecen amenazarme, prontas para asir y retórcer mis pobres orejas y para caer como disciplinas sobre mí.



***—Una página de la historia de Don Cástulo, mi padrino. ¿Cuando hubiera podido figurarme que iba á conocerla en la Escuela, por boca de un estudiante y en medio de su ironía burlona y agresiva?.....

A lo que parece, fué Don Cástulo R. del Moral un comerciante y banquero adinerado y un devoto hasta rayar en fanático. El oro acudía á sus cajas por la confianza que su severidad de costumbres inspiraba; confianza que se vió burlada el día menos pensado en que Don Cástulo se presentó en quiebra: una ruidosa bancarrota en que nadie quería creer en un principio y cuya buena fé ninguno ha admitido, á pesar de estar cubiertas todas las formalidades legales.

Ciertas frases maliciosas de mi condiscípulo me dan á entender que se tiene á mi padrino por un avaro que guarda y acaricia en secreto sus tesoros, producto de su mala fé, ocultando la existencia de ellos bajo el manto de la penuria en que vivimos. Dícese también que es un desequilibrado.



***—A la luz de una vela de estearina que he podido obtener de mi padrino á fuerza de ruegos, doy mi último repaso á las materias de último año preparatorio. Velaré toda la

noche ó, á lo ménos, hasta que la bugía se consuma.

El está arriba, en la pieza que se halla sobre mi camaranchón y en la que pasa habitualmente gran parte de la noche encerrado. Como otras veces, le oigo caminar de vez en cuando, oigo sus pisadas sobre el techo de mi estancia y el arrastrar de la silla sobre el entarimado. ¿Que es lo que acostumbra hacer allí? Había creído siempre que se entregaba á largas prácticas devotas. Misterio!.....

Mañana he de sufrir el exámen y, aunque sé el curso á conciencia, tiemblo al pensar en este acto imponente que siempre me ha causado invencible pavor.....

¡A estudiar!



***—Ingreso á la Escuela de Medicina. No me creo con facultades ni llamado por vocación para el ejercicio de esta carrera; mi espíritu pusilánime é impresionable no es el más adecuado para ella; pero..... ¡debo obedecer! No tengo fuerza para rebelarme, mi voluntad es de cera y de acero la de mi padrino.....

¡Ah, si yo pudiese huir de su lado!.....
¡Si lograra verme libre de él!..... ¡Libre!.....
¡Qué locura! El sabría encontrarme aunque me ocultara en el centro de la tierra al que iría á arrancarme con sus manos flageladoras.



***—Me he desvanecido al ver un cadáver sobre la plancha del anfiteatro, cuando el profesor abrió con su bisturí el vientre.....

El horror y el asco me han hecho repugnar todo alimento ¿Qué son ante esto las burlas y las risas de mis camaradas?



***—El viejo me ha golpeado rudamente por no haber podido yo obtener este año la primera calificación. La vergüenza del ultraje y la rabia de mi impotencia me han mantenido en el insomnio.



***—Hallo consuelo á mi desventurada existencia en el estudio y en el estímulo que me proporciona la satisfacción demostrada por mis profesores, los que creen encontrar en mí un claro talento médico. Sólo desearía poderme presentar con un aspecto más decente..... menos sórdido, á la cátedra. El más escrupuloso aseo personal no puede disimular los desgarreros de mis usados vestidos y las roturas de mis zapatos.



***—Práctico en el Hospital donde, merced á las recomendaciones de uno de mis profesores á quien mi pobreza inspiró compasión, podré obtener un pequeño sueldo ó gratificación. ¡Lograré al ménos vestirme!



***—He tenido que entregar mi primer sueldo á Don Cástulo. Así lo exige. De ello me ha dejado á penas una parte miserable so pretexto de que hay que hacer economías para comprar más tarde libros y mi arsenal de cirujano.



***—Ha sido el despertar de un letargo. Ha sido una revelación súbita y fulgurante. Amo, sí; amo á esa jóven grácil y bella que he visto con frecuencia asomada á su ventana, al pasar por su calle, tránsito forzoso para llegar á mi casa lejana y sombría. Su rostro encantador, sus ojos azules de matiz celeste que contrastan con su negro cabello, forman un contraste que miro á toda hora, que en mis sueños viene á derramar un rayo de luz sobre la oscuridad de mi tristeza.



***—Me he atrevido á saludarla. Sorprendióse al pronto; pero al verme insistir y ante la humildad y corrección de mi saludo, ha sonreído correspondiéndomelo. Llevo esa sonrisa en mi alma como una bendición, como un ensueño, como una esperanza de ventura infinita!.....



***—Acabo de leer en una revista, un experimento singular y macabro cuya descripción me causó profunda impresión, haciéndome entrar en meditación prolongada: un medico ha abierto el pecho de un cadáver reciente y, tomando el corazón con una mano, ha ejercido compresiones alternativas imitando el movimiento vital de este músculo; el color del cuerpo se alteró á los pocos movimientos y el cadáver abrió los ojos, cesando estos signos inmediatamente al retirar su mano el experimentador. Debe haber sido un espectáculo interesante. (1)



***—¿Donde acaba la vida?..... ¿Donde empieza la muerte?..... ¿Cual es el instante preciso en que el día expira y comienza la no-

(1) Efectivamente, de este experimento ha hecho mención algún diario de la Capital.